

JÉRÔME LEJEUNE

En la mañana del día tres de abril, domingo de Resurrección por más señas, fallecía el profesor Jérôme Lejeune. Era una de las máximas autoridades mundiales en el campo de la genética desde que, con treinta y tres años, descubrió la primera anomalía cromosómica, trisomía 21, que origina el síndrome de Down. Doctor en Medicina y en Ciencias, profesor de Genética Fundamental, jefe del departamento de Citogenética del *Hôpital des enfants malades* y miembro de la *Academia pontificia de ciencias*, acababa de promover la creación de una *Academia pontificia para la vida*, habiéndose convertido en su primer presidente.

Su Santidad el Papa Juan Pablo II, en un mensaje firmado en el Vaticano el día cuatro de abril y enviado al arzobispo de París, cardenal Lustiger, ha agradecido al Creador, «de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef. 3, 15), el carisma particular del fallecido: «Hay que hablar aquí de carisma, porque el profesor Lejeune supo usar siempre su profundo conocimiento de la vida y de sus secretos para el verdadero bien del hombre y de la humanidad, y sólo para esto. Llegó a ser uno de los más ardientes defensores de la vida, especialmente de la vida de los niños por nacer que, en nuestra civilización contemporánea, frecuentemente están amenazados, hasta el punto de que se puede pensar en una amenaza programada. Hoy esta amenaza se extiende igualmente a los ancianos y a los enfermos». Cuando —continúa el mensaje del Santo Padre— «las instancias humanas, los parlamentos elegidos democráticamente, se arrogan el derecho de poder decidir quién tiene derecho a vivir y, por el contrario, a quién se le puede negar, sin que exista una culpa de su parte», destaca la actitud del profesor Lejeune: «El profesor Jérôme Lejeune asumió plenamente la responsabilidad particular del sabio, dispuesto a convertirse en un *signo de contradicción*, sin tener en cuenta las presiones externas ejercidas por la sociedad permisiva ni el ostracismo al que lo habían condenado».

El profesor José Miguel Serrano —bien conocido de nuestros lectores por su dedicación competente y valerosa a las cuestiones bioéticas—, desgrana a continuación algunos recuerdos de sus encuentros con el profesor Lejeune en diversos foros universitarios. Yo, por mi parte, siguiendo la tradición de estas páginas, voy a limitarme a recordar la vinculación del fallecido con la obra de

la Ciudad Católica. El Papa, en el mensaje recién citado, escribe que «nos hallamos hoy ante la muerte de un gran cristiano del siglo xx, un hombre para el que la defensa de la vida llegó a ser un apostolado». «No cabe duda —añade— de que en la situación actual del mundo esta forma de apostolado de los laicos es muy necesaria». Nosotros, en la tarea de «formación cívica y acción cultural según el derecho natural y cristiano» que pregonamos, esto es, en el combate político y cultural que continuamente venimos sosteniendo, hemos podido comprobar el vigor del apostolado del profesor Lejeune.

Me parece, incluso, que el mensaje pontificio ya repetidamente referido conjuga admirablemente las claves de ese apostolado: convertirse en signo de contradicción, sin temor a las presiones o a la condena al ostracismo, ante la «amenaza programada» que sufre la vida en nuestra civilización contemporánea, en que las instancias humanas y los parlamentos se arrogan el derecho de decidir sobre el derecho a la vida. Afirmación en todo coherente con la carta autógrafa enviada por el Papa el diecinueve de marzo anterior a los jefes de Estado de todo el mundo y al secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, con motivo de la Conferencia internacional sobre población y desarrollo que tendrá lugar el próximo septiembre en El Cairo.

La posición del profesor Lejeune, en este punto, ha sido de un especial valor. Pues ha sabido ligar las denuncias a los ataques que la vida sufre en nuestros días con las premisas ideológicas y políticas de que nacen, extrayendo también con coherencia las consecuencias prácticas que de tal relación derivan. Lo que no siempre ocurre en otros ambientes católicos, que tratan de coonestar una correcta afirmación doctrinal con una desnaturalizada proyección política. En los Congresos de Lausana, del *Office international*, o en los que ICTUS —siguiendo los pasos de aquél— organiza en Versalles, siempre destacaba la presencia y la voz del profesor Lejeune. Precisamente fue en el pasado Congreso de Versalles, en noviembre de 1992, donde tuve la última ocasión de conversar con él. Fruto de esa vinculación de Lejeune a la amistad de la Ciudad Católica, nuestra revista se ha lucrado de su magisterio publicando en castellano algunas de sus intervenciones en los congresos referidos (*). En esta casa de *Verbo*, pues, no

(*) En *Verbo* se han publicado del profesor Jérôme Lejeune los siguientes artículos: «Mensaje de vida», núm. 133-134 (1975), págs. 309-321; «Manipulaciones genéticas: los aprendices de brujo», núm. 189-190 (1980), págs. 1.201-1.222; y «Los orígenes del hombre», núm. 215-216 (1983), págs. 639-659.

podemos dejar de unirnos al dolor por su desaparición y al agradecimiento por su ejemplo. En la esperanza de la resurrección.

MIGUEL AYUSO.

EN EL RECUERDO DE JÉRÔME LEJEUNE

Si Jérôme Lejeune hubiese sido un conspicuo defensor de alguna especie semiextinguida de marsupial, o apologeta de algún culto misterico perseguido por algún gobierno oriental, sus necrológicas hubiesen atronado, con el guirigay de los medios, los oídos de los súbditos de las Naciones Unidas. Su indudable valía científica lo merecería, incluso en estos tiempos oscuros, mientras que su activismo hubiera servido de vitola a una conveniente fama de hombre comprometido.

Pero el doctor Lejeune, junto a sus investigaciones sobre el llamado mongolismo y sus causas genéticas, y llevado precisamente por ello, asumió el papel de hacer oír la voz de los sin voz, la defensa de aquellos que, concebidos, estaban destinados a no nacer, muchos de ellos, precisamente, por padecer la tara que tanto había ayudado a explicar y aliviar.

Esto, unido a su desconsideración a los convencionalismos de la época, contribuyó a convertirle en una figura no incluíble en el olimpo de la gente bien vista.

En relación con su falta de respeto a los convencionalismos es especialmente ilustrativa una anécdota de su primera visita a España, cuando un reportero audaz, convertido a la estulticia del periodismo agresivo, antes impertinente, le preguntó si pertenecía al Opus Dei, le dijo que contestaría si a su vez lo hacia con una pregunta suya, para añadir: «¿No pertenece usted a la masonería internacional?».

Esta rebelión contra la tiranía de lo conveniente, rasgo relevante de su carácter, denota la firmeza de su genio, el valor de los que con su testimonio no han dudado en arrostrar el escarnio al que somete la cultura dominante a los cristianos.

Y recuerdo su consejo respecto a la discusión en estos temas, absolutamente alejado de los usos de la Academia: «Al discutir no cedas nunca en nada, y acuerdate del Judo, trae al adversario a tu terreno usando de su misma fuerza». Consejo nacido de la dila-